

¿Para qué sirven las humanidades?

Algunos argumentos desde Vaz Ferreira y E. H. Gombrich

Andrea Carriquiry

Resumen:

En este artículo se plantea la cuestión del sentido de las humanidades en las sociedades contemporáneas a partir de algunos textos del historiador del arte E.H. Gombrich y del filósofo uruguayo Carlos Vaz Ferreira –apelando también puntualmente a los filósofos contemporáneos Martha Nussbaum, Craig Calhoun y Jürgen Habermas–. Se intenta exponer la idea de si el valor de las humanidades puede comprenderse desde un punto de vista que supere el criterio de utilidad y considere su rol como actividades que contribuyen a la búsqueda de sentido y a la comprensión de diversas posibilidades de existencia; para lo cual debería tenerse en cuenta la falsa oposición entre ciencia y tecnología / humanidades, e incorporar la dimensión histórica del quehacer humano. Siguiendo la vocación divulgadora de Gombrich y Vaz Ferreira, se presentan someramente dos líneas argumentales de Vaz Ferreira que considero fértiles, menciono otras dos que por el contrario creo traen consecuencias no deseadas, para terminar ilustrando un argumento *ingenuo* que se inscribe en esa misma vocación divulgadora.

PALABRAS CLAVE: E. H. Gombrich – Carlos Vaz Ferreira –humanidades – argumentos – divulgación

What is the use of humanities? Some arguments stemming from Vaz Ferreira and E. H. Gombrich

Abstract:

This article discusses the question of the meaning of the humanities in contemporary societies, studying some works by the art historian E.H. Gombrich and the Uruguayan philosopher Carlos Vaz Ferreira –and occasionally the contemporary philosophers Martha Nussbaum, Craig Calhoun and Jürgen Habermas–. In doing so, it explores the idea that the value of humanities could be better understood beyond the notion of utility if we accept that they have as their main purpose the search for meaning and the grasp of diverse possibilities of existence. In order to do so, we should take into account the false opposition between science and technology vs Humanities and lean towards the historic dimension of human behaviour. Following the Gombrich and Vaz Ferreira's popularization vocation, I briefly present two arguments of Vaz Ferreira I find fertile, I mention other two arguments I think bring unintended consequences, and I end illustrating a *naive* argument as part of the same outreach vocation.

KEY WORDS: E.H. Gombrich– Carlos Vaz Ferreira –humanities – arguments – popularization

RECIBIDO: 5/03/2016
APROBADO: 10/03/2016



Monumento de Valverde Gil que conmemora el encuentro de Vaz Ferreira y Einstein. Plaza de los Treinta y Tres, Montevideo.

El sentido de las humanidades en las sociedades actuales o, puesto de otro modo, el rol del espíritu crítico en relación a las prácticas sociales y especialmente políticas, es un tópico que contemporáneamente han tratado desde el historiador del arte Ernst Gombrich hasta la filósofa Martha Nussbaum, por poner solo dos ejemplos notables. Más allá del interés puntual de la cuestión, el tema parece funcionar como un espacio donde se manifiestan algunos de los problemas teóricos y conflictos prácticos sintomáticos de una crisis contemporánea que Nussbaum califica de «masiva» (Nussbaum, 2010: 1).

Tanto ella como Gombrich se acercan al tema del modo más directo posible, apuntando a la más amplia divulgación de las ideas que quieren transmitir, algo que resulta claro ya desde los títulos de sus trabajos relativos al tema: «Por qué la democracia necesita a las humanidades» en el caso del libro de Nussbaum (2010), o «Las humanidades en pie de guerra» (Gombrich, 1997) en el caso del historiador vienés. De hecho este último confiesa que «eligió ese título esperando, contra toda probabilidad, que alguna de mis palabras llegase a oídos oficiales» (1997: 7) –aunque Gombrich está siendo como siempre elegante, ya que originalmente presentó ese trabajo dentro de un congreso organizado por el Ministerio de Educación británico.¹

En cualquier caso, ese estilo directo que comparten Gombrich y Nussbaum en dichos trabajos, lejos de ser una coincidencia retórica, es consecuencia

de la preocupación que los anima, que dista de ser la de horrorizados académicos luchando por magros fondos. Nussbaum declara, ni bien empieza su libro, que su motivación para escribirlo radica en una crisis mundial de «proporciones masivas», que considera dañina para el futuro de la democracia: se refiere concretamente a la eliminación, parcial o total, de las humanidades y las artes de los sistemas educativos: «Si esta tendencia continúa, pronto naciones de todo el mundo estarán produciendo generaciones de máquinas útiles, en vez de ciudadanos completos que puedan pensar por sí mismos, criticar a la tradición, y entender el significado del sufrimiento y los logros de otra persona» (Nussbaum, 2010: 2). Gombrich tampoco tiene problema en abandonar su proverbial mesura para referirse a «los peligros que amenazan a nuestra civilización a causa del abandono de los estudios clásicos» (1997: 7), y criticar al relativismo cultural afirmando que

[...] nunca he tenido mucha paciencia con la afirmación de que el reto es insuperable y que estamos encerrados para siempre en nuestra lengua y perspectiva propias. Esta afirmación descansa en la suposición falsa de que entender es cuestión de todo o nada. [...] el humanista recibirá con los brazos abiertos la oportunidad de trascender sus limitaciones y ampliar su comprensión imaginativa. (Gombrich, 1991: 21)

Más allá de este diagnóstico nada optimista, no siempre es fácil encontrar buenos argumentos para responder la pregunta ¿para qué sirven las humanidades? En Vaz Ferreira encontramos dos metáforas² que ilustran dos claras líneas argumentales. La primera remite a una especie de monstruo con un brazo derecho hipertrofiado:

Supongamos que existiera una profesión cuyo ejercicio requiriera mover únicamente el brazo derecho. Podríamos razonar así: desde el momento en que los hombres que se preparan para esa profesión, sólo han de mover el brazo derecho, vamos a reducir, tomándolos desde pequeños, su actividad a la ejercitación del brazo derecho; que no muevan el brazo izquierdo, ni las piernas; que no hagan otra cosa que mover el brazo derecho. ¿Qué sucedería? Desde luego, que formaríamos un monstruo. Pero es que hasta un ser semejante sería el menos apropiado para desempeñar su misma profesión, porque ese brazo derecho nunca podría ser bastante fuerte sobre un cuerpo débil. Entretanto, si nosotros redujéramos en algo el ejercicio del brazo derecho, pero ejercitáramos el brazo izquierdo, las piernas y el cuerpo en general, formaríamos un cuerpo mucho más fuerte y normal, sobre el cual se asentaría y se alimentaría un brazo derecho más fuerte que aquel cultivado especialmente; esto último, aún en el caso de que no se le hubiera dado ejercitación demasiado especializada. (Vaz Ferreira, 1957: 49)

La segunda apela a la más tradicional imagen de un río: «la cultura teórica, la alta cultura, es como el curso superior de los ríos, cuyas márgenes pueden ser, quizás, infecundas, pero que alimentan el curso inferior, cuya corriente fertiliza naciones enteras» (Vaz Ferreira, 1957: 43).

Más allá del valor literario de estas metáforas – ya Vaz Ferreira aclaró en el prefacio que esta «Moral para intelectuales» es en realidad un conjunto de apuntes de clase que ha publicado haciendo a un lado su vanidad literaria–, estas hacen patentes dos líneas argumentales a las que se apela cuando se discute este tema –aunque muchas veces no se llega a un debate propiamente dicho, sino a una especie de raro monólogo en el que los hechos asaltan (los fondos se recortan, por ejemplo) y los humanistas se defienden con palabras–. El segundo argumento destaca que la investigación fundamental –sea en humanidades o en ciencias duras– de algún modo termina en el beneficio

de la sociedad en su conjunto. El problema es que ese destino final se alcanzaría por caminos largos, sinuosos y no previsibles –y este punto incierto irrita, con cierta razón, a los gobiernos que tienen que lidiar con recursos escasos, empresarios exigiendo subsidios y habitantes buscando comida en los contenedores de basura–. La primera línea argumental, esgrimida muchas veces por los hacedores de políticas culturales, es que los ciudadanos necesitan de cierta formación general, cierta «generalización de la cultura» diría Vaz Ferreira, para poder ejercer efectivamente su ciudadanía. En este caso, muchas veces se objeta también el modo vago e impreciso en que aquella formación incidiría sobre la construcción de ciudadanía, vaguedad sobre la que vuelve a cernirse la sombra del recorte de gastos.

Ante este panorama, se puede encontrar en Vaz Ferreira por lo menos un diagnóstico y una solución. El diagnóstico consiste en considerar el debate como un caso de la falacia de falsa oposición, cara a nuestro filósofo: el nudo del debate es considerar como opuestas a las humanidades por un lado, y la ciencia y la tecnología por otro –o, en el plano educativo, a la formación en humanidades por un lado y la educación técnica por otro–. La solución se sigue limpiamente: en vez de considerar a las humanidades como algo opuesto a la ciencia y la tecnología, deberíamos verlas como complementarias. En sus palabras:

Hace pocos años ha surgido una tendencia, sanísima y digna del mayor elogio en lo que tiene de positiva, pero profundamente funesta y absurda en lo que tiene de negativa. Los hombres intelectuales, se han dado cuenta del valor de la práctica, de la industria, del comercio, de las profesiones manuales; pero, como sucede casi siempre en la historia del pensamiento, no se ha podido emprender el elogio de una cosa, sin al mismo tiempo combatir o denigrar lo que no era contradictorio, sino complementario de ella. De manera que casi todos los que hoy escriben o declaman (y son bastantes) en favor de las profesiones manuales e industriales, creen que no pueden hacerlo sin deprimir al mismo tiempo a la alta cultura. (Vaz Ferreira, 1957: 42).

Es casi innecesario señalar que el lúcido análisis de Vaz Ferreira tiene una sorprendente vigencia³ y se puede aplicar a debates recientes; sus ideas centrales marcan una línea que creo fértil, aunque requieren un desarrollo que no cabe realizar aquí, y ciertamente pueden también ser blanco de algunas de las objeciones ya mencionadas.



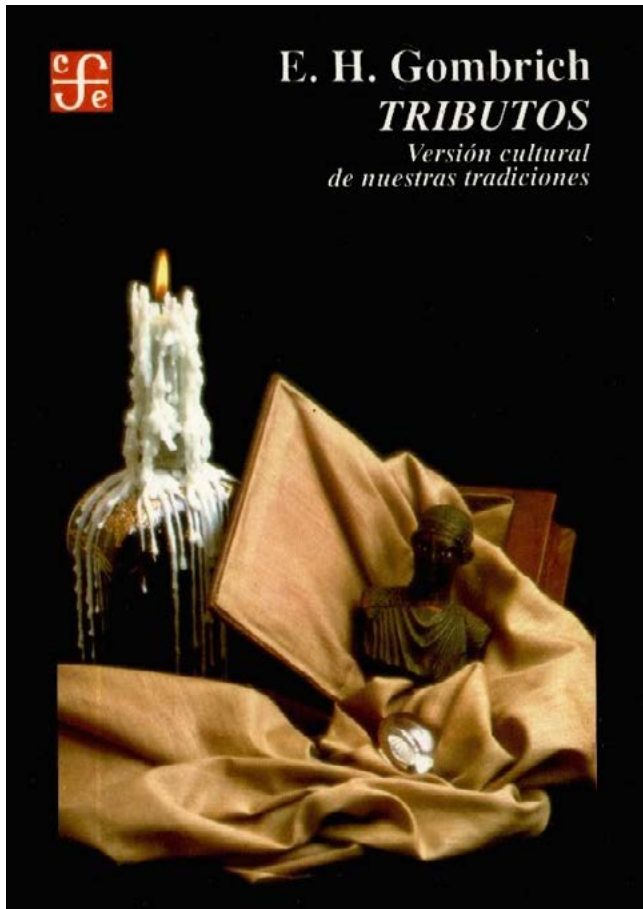
Craig Calhoun

En cualquier caso, se mantiene libre de otras dos líneas argumentales que creo traen consecuencias teóricas no deseables, y que aunque tampoco cabe desarrollar aquí, vale la pena apuntar. La primera es la insistencia de Gombrich en que el valor de las humanidades radica en el estudio de lo particular (a diferencia de las ciencias sociales en general y la teoría marxista en especial), idea que aparece en algunos de sus textos (Gombrich, 1991; Gombrich, 1997); y la segunda, un cierto énfasis elitista que muchas veces sobrevuela el tema, riesgo que Gombrich sortea con elegancia, pero que es una pesada herencia para el pensamiento contemporáneo, en un linaje que apela a algunas lecturas de Adorno. Si el objetivo es que las humanidades, «en pie de guerra» al decir de Gombrich, sobrevivan, parece una condición necesaria, aunque obviamente no suficiente, que al menos en algunos puntos se logre la comunicabilidad que han alcanzado muchas de las mejores obras de todos los tiempos. Vaz Ferreira y Gombrich tienen en común esa vocación didáctica, ese esfuerzo constante de divulgación, aún a costa de la «vanidad literaria» al decir de Vaz Ferreira;

no es aventurado suponer que ese esfuerzo haya sido acicateado por la percepción de unas humanidades volviéndose al mismo tiempo más relegadas y más necesarias.

Inspirándome en ese estilo didáctico y transparente de Vaz Ferreira y Gombrich, me gustaría terminar ilustrando un tipo de argumento más básico, que aunque tiene un tinte ingenuo, parece hacerse necesario ante esa crisis «masiva» de la que habla Nussbaum.

La pregunta «¿para qué sirven las humanidades?» tiene algunos parecidos con la posible pregunta «¿para qué le sirven los seres humanos al sistema solar?». Alguien podría responder a cualquiera de las dos: no sirven. Al sistema solar no le sirve para nada que haya seres humanos; de hecho hace unos pocos miles de años no existían, y en un momento dejarán de existir, y el sistema solar seguirá impertérrito. El problema radica en que la pregunta está mal formulada: el criterio de utilidad no es el criterio relevante en estos casos. De hecho, que el criterio de utilidad actualmente ocupe un lugar preponderante para juzgar no importa



melodía —la que yo le he cantado a mis hijos, y mi madre a mí, y mi abuela a ella, como esas muñecas rusas que se meten una dentro de otra— durante más de setecientos años. Una especie de canon extraño en que siempre hay una madre cantando esa melodía, calmando a su bebé y a sí misma, en ese momento dulce y exasperado, durante siete siglos. Creo que aprender algo de este tipo es como encontrar otro sentido, como si hubiéramos estando viendo algo solo en el plano y de repente nos diéramos cuenta de que tiene una tercera dimensión. Como los niños cuando no saben leer: ven las letras como dibujos, opacas, como un occidental perdido en Pekín, escrutando carteles llenos de símbolos incomprensibles.

Las cosas no tienen sentido; se lo hemos inyectado, paciente y trabajosamente, a lo largo de los siglos. Si hoy dejamos de saber que nuestro arrorró tiene setecientos años, y mañana dejamos de cantar ese arrorró, y pasado mañana dejamos de cantar cualquier canción; si un día nadie más sabe leerlo, ese poco sentido que pudimos inyectar desaparecerá, sin pena ni gloria, y el planeta Tierra seguirá girando en ese silencio del que hablan los astronautas.

En ese plano, las humanidades son perfectamente inútiles; podemos vivir sin ellas. Pero cuando alguien gana alguno de esos sentidos, gana un poco de mundo un poco más vivible. Saber que algunas cosas siempre fueron como son ahora, y que muchas otras no, nos da un poder quizás más grande que cualquier otro: el de imaginarse, primero, que las cosas podrían ser de un modo nuevo, un modo que no imaginamos todavía, como si nos dieran una hoja en blanco; y después, con suerte, imaginar alguna posibilidad concreta, aunque sea un garabato en esa hoja.

Las humanidades nos ayudan a saber cómo fueron las cosas, cómo son para otros, cómo las transmitimos entre generaciones, cómo funciona el lenguaje —ese aparato intrigante—, cómo con ese mismo lenguaje con que nos comunicamos y nos organizamos, el mismo de las señales de tránsito, hacemos algo tan distinto como «la tierra es azul como una naranja», y así armamos mundos posibles como si se abrieran ventanas a otra dimensión, como si cada vez que alguien abre una novela pudiera caerse adentro del libro como Alicia atraviesa el espejo. Las humanidades incluyen también la filosofía, ese afán por preguntarse cómo son las cosas realmente, cómo las conocemos, por qué son así y no de otros modos.

Las cosas fueron de otros modos, las cosas son para otros de otros modos; las cosas pueden ser de otro modo. Es a lo que apunta Gombrich, en un sentido quizás más acotado, cuando afirma que las humanidades deben mostrarnos «lo que puede ser el hombre» (Gombrich, 1991: 22). También, desde un

enfoque más amplio, Craig Calhoun, cuando afirma que «la teoría crítica social existe en gran medida para facilitar un compromiso constructivo con el mundo social que parte de la presunción de que los arreglos existentes no agotan la gama de posibilidades. Busca explorar los modos en los cuales nuestras categorías de pensamiento reducen nuestra libertad bloqueando el reconocimiento de lo que podría ser» (Calhoun, 1995: xiv). Y quizás también Habermas, ya no refiriéndose a las humanidades sino a las democracias occidentales —que según Nussbaum necesitan a esas humanidades—, pero apuntando a ese mismo espacio de ejercicio del espíritu crítico y el debate:

De modo que si me estoy reservando un cierto residuo de utopía, éste no consiste sino en la idea de que la democracia y la disputa libre en torno a sus mejores formas es lo único que puede cortar el nudo gordiano de problemas que hoy se nos antojan estridentemente irresolubles. No digo que ello se logre. Ni siquiera sabemos si podría lograrse. Pero precisamente por ello habría que intentarlo al menos. Los estados de ánimo apocalípticos no hacen sino consumir las energías de las que habrían de alimentarse tales iniciativas. (Habermas, 2000: 53).

Notas

¹ En el Congreso de Educación del norte de Inglaterra, Chester, en enero de 1985.

² Que Vaz Ferreira utiliza más acotadamente en su análisis de una moral para intelectuales, pero que creo se puede generalizar sin traicionar el espíritu original.

³ Cabe destacar que, aunque cito por la edición de 1957, el texto recoge las clases del Curso de Moral dictado por Vaz Ferreira en 1908, reeditado con algunas correcciones del autor en 1920 y en 1956.

⁴ Véase: Lauro Ayestarán, «Panorama del folklore musical uruguayo», en *Rotaruguay*, año XXVI, n.º 305, ix-1959, Montevideo, Uruguay, págs. 19-26. Conservado en la Biblioteca Digital del Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán: www.cdm.gub.uy/wp-content/uploads/2014/12/CDM-Ayestar%C3%A1n-PanoramaFolkloreUruguayo-1959.pdf

Allí Ayestarán explicita: «Alfonso el Sabio escribe en 1250 la “Cantiga” 249 del código del Escorial, que es en modo menor el “Arrorró” que nosotros cantamos en modo mayor. Este cancionero no se ha movido, ha quedado intacto, ha quedado con una fijeza mineral dentro del paisaje criollo».

Bibliografía

- AYESTARÁN, Lauro (1959). «Panorama del folklore musical uruguayo», en *Rotaruguay*, año XXVI, n.º 305, ix-1959, Montevideo, Uruguay, págs. 19-26. Conservado en la Biblioteca Digital del Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán: www.cdm.gub.uy/wp-content/uploads/2014/12/CDM-Ayestar%C3%A1n-PanoramaFolkloreUruguayo-1959.pdf
- CALHOUN, Craig (1995). *Critical social theory*. Cambridge, MA y Oxford: Basil Blackwell.
- GOMBRICH, Ernst (1991). *Tributos: versión cultural de nuestras tradiciones*. México: Fondo de Cultura Económica. [1984]
- (---). (1997). «Las humanidades en pie de guerra: la Universidad en crisis», en Gombrich, Ernst. *Temas de nuestro tiempo: propuestas del siglo XX acerca del saber y del arte*. Madrid: Editorial Debate.
- HABERMAS, Jürgen (2000). *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- NUSSBAUM, Martha (2010). *Not for profit. Why democracy needs the humanities*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- VAZ FERREIRA, Carlos (1957). *Moral para intelectuales* (Tomo III de las Obras Completas). Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay.